

El nuevo colonialismo

Naomi Klein (LA VANGUARDIA, 30/04/05)

A mediados del año pasado, la doctrina de guerra preventiva del presidente George W. Bush dio un gran salto adelante. El 5 de agosto del 2004, la Casa Blanca creó la Oficina de Coordinación para la Reconstrucción y la Estabilización, encabezada por el ex embajador de Estados Unidos en Ucrania, Carlos Pascual. Su labor es elaborar planes "posteriores a un conflicto" para 25 países que no están todavía en conflicto. Según Pascual, la oficina estará en condiciones de coordinar tres operativos de reconstrucción en diferentes países, cada uno, en un plazo de "entre cinco y siete años". Parece oportuno que un Gobierno dedicado a una perpetua deconstrucción preventiva emplace una oficina de perpetua reconstrucción preventiva.

Han quedado atrás los días en que se esperaba que estallara una guerra para luego crear planes ad hoc destinados a recoger las piezas.

En estrecha cooperación con el Consejo Nacional de Inteligencia, la oficina de Pascual mantiene países *de alto riesgo* en una lista de vigilancia y ensambla equipos de rápida reacción dispuestos a planificar la preguerra y a "movilizar y emplazar con rapidez" efectivos, tras estallar un conflicto. Los equipos están formados por miembros de empresas privadas, de organizaciones no gubernamentales y de grupos de estudios. Algunos de ellos, según informó Pascual en octubre a una audiencia del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, tendrán contratos *preconcluidos* para reconstruir países que no han sido aún devastados. Hacer esa labor burocrática por anticipado "reducirá nuestro tiempo de respuesta entre tres y seis meses", señaló Pascual. Los planes que los equipos de Pascual han estado diseñando en una oficina poco conocida del Departamento de Estado cambiarán "la composición social de una nación", declaró durante la reunión. El mandato de su oficina no es reconstruir estados antiguos, sino crear estados "democráticos y orientados hacia el mercado". Por lo tanto, por ejemplo (y esto es una ocurrencia del momento), esos reconstructores que actúan rápido podrían ayudar a vender "empresas propiedad del Estado que crearon una economía no viable". En ocasiones reconstruir, explicó Pascual, significa "echar abajo lo viejo".

Escasos ideólogos pueden resistir el atractivo de empezar a partir de cero. Ésa fue la seductora promesa del colonialismo: *descubrir* nuevas tierras donde la utopía parecía posible. Pero el colonialismo está muerto o, al menos, eso es lo que nos han informado. No hay nuevos sitios por descubrir ni *terra nullius* (nunca existió). "Nosotros solíamos tener un colonialismo vulgar", dice Shalmali Guttal, un investigador con sede en Bangalore, que trabaja para el grupo de investigaciones Focus. "Ahora poseemos un colonialismo sofisticado y a eso lo llaman *reconstrucción*".

Al parecer, porciones cada vez más grandes del globo están bajo activa reconstrucción. Una reconstrucción a cargo de un gobierno paralelo constituido por el elenco estable de empresas de consultoría con fines de lucro, empresas de ingeniería, organismos no gubernamentales gigantescos, agencias de ayuda de las Naciones Unidas e instituciones financieras internacionales. Y la gente que vive en esos sitios en reconstrucción, de Iraq a Aceh, de Afganistán a Haití, formula quejas similares. La tarea es demasiado lenta, si es que se realiza. Los consultores extranjeros viven como reyes gracias a vastos gastos de representación y a salarios de mil dólares diarios, en tanto los habitantes

del lugar están excluidos de empleos cuya necesidad es muy grande, así como del entrenamiento y la toma de decisiones.

Pero si la industria de la reconstrucción es asombrosamente inepta cuando se trata de reconstruir, tal vez la razón es que la reconstrucción no es el propósito principal. Según Guttal, "esto no es reconstrucción, sino remodelación de todo". Y las historias de corrupción y de incompetencia sirven para ocultar un escándalo aún más profundo: el surgimiento de una forma depredadora de capitalismo de desastre que usa la desesperación y temor creados por la catástrofe a fin de embarcarse en una radical ingeniería económica y social. Todavía no habían apagado los incendios en Bagdad cuando ya las autoridades norteamericanas de ocupación estaban reescribiendo las leyes sobre inversiones y anunciando que las empresas propiedad del Estado serían privatizadas. Algunos han señalado esa circunstancia para decir que el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, no estaba en condiciones de liderar el Banco Mundial. Por el contrario, nada lo preparó mejor para ese nuevo trabajo. En Iraq, Wolfowitz se limitó a hacer lo que el Banco Mundial perpetra en prácticamente todo país del mundo afectado por guerras o desastres naturales: aunque con más arrogancia ideológica.

Los países de un *posconf licto* reciben ahora entre el 20 y el 25 por ciento de los préstamos totales del Banco Mundial, tras ser de un 16 por ciento en 1998. Y eso, a su vez, representa un aumento del 800 por ciento desde 1980, según un estudio del Servicio de Investigaciones del Congreso de Estados Unidos. La respuesta rápida a guerras y a desastres naturales ha sido de manera tradicional el dominio de las agencias de la ONU. Pero en la actualidad, al descubrirse que la reconstrucción es una industria muy lucrativa, es el Banco Mundial -dedicado al principio de alivio de la pobreza a través de la obtención de ganancias- la institución que lidera el pelotón.

Ahora el banco está usando el tsunami del 26 de diciembre para impulsar su política. Los países más devastados no han recibido prácticamente ayuda para reducir su deuda. Y la mayoría de la ayuda de emergencia del Banco Mundial ha venido en la forma de préstamos, no de subvenciones. El banco impulsa la expansión del sector turístico y de las granjas de pesca, en lugar de reconstruir las pequeñas flotas pesqueras. En cuanto a la dañada infraestructura pública, como caminos y escuelas, documentos del banco admiten que su reconstrucción "podría afectar las finanzas públicas" y sugiere que el Gobierno los privatice (sí, tienen una sola idea en la mente). En "ciertas inversiones -señala un documento del banco en relación con la reconstrucción de zonas devastadas por el tsunami- podría ser apropiado apelar al financiamiento privado".

En enero, la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, causó una pequeña controversia al describir el tsunami como "una maravillosa oportunidad" que "nos proporcionó grandes dividendos". Muchos se sintieron horrorizados ante la idea de tratar una tragedia humana de ese calibre como una posibilidad de obtener ventajas. Pero, en realidad, Rice se estaba quedando corta. El grupo Sobrevivientes del Tsunami de Tailandia y sus Simpatizantes dice que "para políticos empresariales, el tsunami fue la respuesta a sus plegarias, puesto que barrió de las zonas costeras a las comunidades que habían obstaculizado sus planes para construir sitios vacacionales, hoteles, casinos y granjas para camarones. Para ellos, todas esas áreas costeras son ahora tierra abierta". Al parecer, el desastre es la nueva *terra nullius*. La investigación adicional fue proporcionada por Aaron Maté y Debra Levy.